EL CLERO

Y

EL PUEBLO.

EL CLERO

Y

EL PUEBLO,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.,

director de la Revista popular.

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica.

BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1876.

EL CLERO Y EL PUEBLO.

I.

Hé aquí dos palabras hermanas, perfectamente hermanas, que, sin embargo, la malignidad revolucionaria ha llegado á hacer que aparezcan como absolutamente enemigas. Para ciertos entendimientos educados en las preocupaciones de la impiedad, el clero y el pueblo son dos clases que mútuamente se rechazan, que no pueden vivir sin hostilizarse, de suerte que la única cuestion es saber quién se sobrepondrá á su contrario, es decir, si el clero podrá oprimir á su sabor al pueblo, ó si el pueblo podrá darle patada al clero, sustrayéndose por completo á su influencia. Para los que consideran de este modo la cuestion, el clero es un fantasma aterrador que en los siglos pasados ha explotado en su provecho la ignorancia popular para erigir sobre ella el cimiento de su preponderancia. «Por esto, dicen, desea perpetuar la ignorancia, teme que sus víctimas abran los ojos á la luz, y rompan en un dia dado las ominosas cadenas de la teocracia. El pueblo, continúan, desea emanciparse

por completo de esta enojosa tutela clerical que ha pesado sobre él durante diez y ocho siglos. Cuanto haga el pueblo en este sentido no es mas que la reivindicacion de su derecho á la libertad; poco debe pararse en los medios; el medio mejor es el que más recto conduce al fin.» Así habla la secta, ¿quién no la ha oido? Así habla todos los dias, y no es lo peor que hable, sino que encuentre por desgracia incautos que dén crédito á sus mentiras. A este tenor se ha falseado por completo la historia, haciendo de ella una vergonzosa novela. De este veneno mortal han salido inficionadas las leyes que de muchos años acá se han dado á nuestra patria. Asi ha llegado á educarse á toda una generacion. Y no se crea que la inícua propaganda para divorciar al clero del pueblo haya salido tan solo de los clubs y de las tabernas. No: profesores de guante blanco y de corbata muy tiesa la han fomentado desde la cátedra oficial; encopetados ministros han impregnado de ella los preámbulos de sus decretos; voces muy elocuentes, demasiado elocuentes, por desgracia, se han consagrado con ahinco digno de mejor causa á la tarea infernal de aguijonear al pueblo contra el clero, atizando olvidados resentimientos, inventando fábulas mil veces desmentidas, levantando polvareda y escándalo con los hechos mas insignificantes.

¡Pobre pueblo, engañado siempre, á pesar de sus eternos desengaños! ¡Pobre pueblo, siempre niño, á pesar de sus eternas experiencias! ¿Nos creerá si le decimos que nadie es más su amigo, nadie

más su hermano, que el clero? ¿Nos creerá si le aseguramos que nunca, nunca, ni en los tiempos pasados ni en los presentes ha dado motivo el clero para que se le tuviese por enemigo ó por explotador de las clases menos acomodadas? ¿Nos creerá si le hacemos ver que nadie vive tanto la vida del pueblo como el clero, porque nadie es tan del pueblo como él?

Pues bien, que se nos crea ó no, eso dirémos nosotros, y no nos contentarémos con decirlo, sino que lo probarémos.

Este asunto es de gran interés en los actuales momentos. La impiedad parece haberse dado una consigna general contra el clero en todos los puntos de Europa. No nos extraña. Hoy la persecucion honra. Dicho se está, pues, que no hablamos para librar al clero de esa persecucion, ni para reconciliarle con los que son y han de ser por necesidad sus constantes adversarios. Quisiéramos solo quitar algunas preocupaciones á tantos como las tienen con la mayor buena fe; quisiéramos que desapareciera de la imaginacion de tantos infelices alucinados ese negro fantasma que sobre el clero y sus aspiraciones y sus manejos les han forjado las declamaciones de la impiedad.

Concretar los mil y un cargos que se hacen hoy dia al pobre sacerdote fuera tarea tan difícil como contar las gotas de lluvia en dia de aguacero deshecho. Si fuésemos á creer á los flamantes regeneradores, un Cura suele ser siempre la cosa peor del mundo. Hasta en la clase más criminal ó más ab-

yecta se han hallado de vez en cuando generosas cualidades. Ahí están la novela y el drama modernos idealizando al bandido y á la prostituta. No así el clero. El clero constituye una raza especial de mónstruos, que nó tienen de comun con el resto de la humanidad mas que sus crímenes. Diríase que al vestir un jóven la aborrecida sotana se ha hecho indigno de pertenecer al género humano, y de obtener ninguna consideracion social. Dén mis lectores una ojeada á su rededor, y la experiencia les convencerá de que no hay exageracion en la pintura.

El clero es ambicioso, os dirá uno de esos politicones profundos que traen siempre entre ceja y ceja el *bú* de la teocracia y de la Inquisicion.

El clero es intolerante. Palabras de un ciudadano que por no tolerar no tolera ni que su mujer enseñe á sus hijos el *Padre nuestro*.

El clero es avaro y egoista. Quien lo asegura es un caballero particular de quien no se sabe que haya fundado ningun hospital, pero de quien se sospecha si hizo ó dejó de hacer algunos pobres, como aquel del famoso epígrama.

El clero es poco ilustrado. Debe de saberlo el ilustradísimo mozalbete cuando tan sério lo afirma. Debe de haberlo aprendido en la mesa del café, donde se le pasan las horas muertas, en profundos estudios sobre la teoría del billar, ó los efectos psicológicos del ron Jamaica.

Y á este tenor menudean las invectivas, no creyéndose hombre superior y de luces quien no le

pueda tirar al pobre Cura su canto rodado ó su peladilla. Cuando otra cosa no se hace, háblase de él con una sonrisita de compasion, como quien dice: «Al fin, cosas de los Curas... Ya se sabe lo que es un Cura.»

En esta série de artículos harémonos cargo de estas principales acusaciones, á las cuales pueden en cierto modo reducirse todas las demás. Y le harémos ver con sus propios ojos al pueblo que el clero no es ambicioso, ni intolerante, ni avariento, ni poco ilustrado. Al contrario, probarémos, y cierto no nos ha de costar mucho,

1.° Que la única ambicion del clero es la de servir al pueblo.

2.° Que la única intolerancia del clero es tolerarlo todo por el pueblo.

3.° Que el único egoismo del clero es darse todo por el pueblo.

4.° Que la tan cacareada falta de ilustracion del clero consiste en haber sido siempre y ser en la actualidad el único maestro y verdadero ilustrador del pueblo.

Nos fijarémos en estos cuatro puntos, y los pondrémos claros, evidentes, palpables á los ojos de los mas preocupados. Llamarémos á la historia, y la encontrarémos favorable á nosotros; acudirémos á la experiencia, y en ella se nos dará la razon.

La cuestion del clero es simplemente cuestion de buena fe, y esta preciosa cualidad no suele faltarle al pueblo. Fácil de ser engañado y pronto á cometer cualquier barbaridad mientras está bajo la

influencia de su ilusion, al pueblo le hemos hallado siempre dispuesto á reconocer su error y á devolver la honra aun á sus propios adversarios, cuando ha caido en la cuenta de que al juzgarlos anduvo extraviado. Hoy, pues, más que nunca apelamos á la buena fe del pueblo. El clero no necesita más que ser oido y ser juzgado imparcialmente para ser absuelto por sus propios acusadores. Esto logrará en dia tal vez no lejano, y á esto procurarémos ayudar nosotros con el presente opúsculo, mediante el favor de Dios.

II.

La ambicion; esa es la primera tacha que le encuentran al pobre clero sus eternos enemigos. Pero vamos claros, amigo mio, y precisemos el significado de las palabras. Ambicion suponeis en el clero, ¿de qué honores? ¿de qué puestos elevados? ¿de qué riquezas?

Años hace por nuestro mal que la ambicion es una de nuestras plagas sociales. Todo el mundo tiene la modestia de creerse nacido para elevados destinos, y el verdadero frenesí con que son asaltados los empleos el dia despues de una revolucion ó de un simple cambio ministerial demuestra suficientemente cuántos son en número los desdichados que viven aquejados de esta insaciable hidropesía. Los puestos en la milicia, en la magistratura, en la administracion, son tomados por asalto; el dichoso mortal á quien la fortuna ha hecho dis-

pensador de estos favores suele verse asediado, mareado, ahogado por el diluvio de ambiciosos que se le viene encima, apenas ha logrado él tomar pacífica posesion de la tan codiciada poltrona. Estos hechos son del dominio público, son tan conocidos que fuera ridículo insistir un momento más en ellos. No será, empero, fuera del caso una observacion. Decidme, solícitos pretendientes; respondedme, encandilados patriotas; este Cura tan ambicioso y tan sediento de poder ¿os le habeis encontrado alguna vez en el camino de vuestras pretensiones? ¿Os ha estorbado jamás en las antesalas del ministro donde aguardábais la hora de audiencia? ¿Tropezásteis con él en los pasillos del Congreso cuando íbais allá á interesar en vuestro favor el celo del diputado de vuestro distrito? ¿Fué un Cura el que para colocarse os dejó cesantes tras largos años de desempeñar el empleo? ¿O fué él quien os lo birló y se lo metió en casa cuando estaba á punto de resolverse en favor de vos el nombramiento? preciso es confesar que no daréis respuesta que satisfaga á estas preguntas, siendo forzoso reconocer en consecuencia que si hay contra el clero calumnia alguna ridícula y destituida de todo fundamento, es la que se le dirige cuando tan gratuitamente se le acusa de ambicioso.

A bien que al paso me sale uno de mis contrincantes más listo y de ojeada algo más penetrante, y me dice:—Está bien, y concedemos que no se nota en el clero ese afan, ese ardiente deseo de servir á la patria en beneficio del patriota, que es achaque

tan comun en nuestros aprovechados tiempos. El clero tiene otra ambicion más fina, aunque no por esto menos maquiavélica. El clero es ambicioso de una cosa con la cual sabe no le faltará lo demás. El clero es ambicioso de preponderancia social, de influencia.—

Despachemos prontito á ese caballero, que cree á buen seguro habernos puesto en berlina con tan apremiante dificultad. Y serémos condescendientes y galantes hasta el punto de convenir con él en casi todo lo que constituye la fuerza de su argumento, limitándonos tan solo á desviarle un poquito la puntería.

Sí, amigo mio; realmente el clero tiene esa ambicion que vos decis, ¿quereis mas franqueza? Y aun añadirémos que debe tenerla. ¿Os asombrais? Escuchad.

A Cristo-Dios le trajo á la tierra desde la gloria de su Eterno Padre una infinita ambicion. La de salvar al mundo mediante sus divinos merecimientos y celestial doctrina. Atraerlo todo á sí con su influjo poderosísimo, esta fué la ambicion de toda su vida mortal, desde el primer instante de ella en el seno de María hasta su último suspiro en los brazos de la cruz. Esta suprema ambicion le hizo niño, pobre, perseguido, emigrado á Egipto; esta ambicion le hizo odioso á los fariseos, á quienes no sentaban bien sus ambiciosas pretensiones; esta ambicion le llevó á la casa de Anás, de Caifás, de Herodes y de Pilatos; finalmente, de esta ambicion gloriosa fué víctima en el Calvario. Hacerse

suyo el mundo, dominar en él, sumergirle en el piélago insondable de su amor y de su divina influencia, hé aquí una ambicion como no la tuvieron jamás Césares ni Alejandros. No hay ambicion humana comparable á esa ambicion del ambiciosísimo Corazon de Jesús; solo puede calificársela debidamente llamándola divina ambicion.

Mas hé aquí que próximo á dejar en su figura visible este teatro de sus gloriosas ambiciones, tan ambicioso fué que quiso perpetuarlas en sus herederos hasta la consumacion de los tiempos. Nombró, pues, á los tales herederos, y, atendedlo bien, para esto solo los nombró, para que prosiguiesen sus empezadas conquistas, no señalándoles para ellas otro límite que la extension de todo el globo y la duracion de todos los siglos. No sé si hubo jamás en la historia de las ambiciones otra parecida á esta. No sé que emperador ó conquistador alguno haya dado jamás á sus ejércitos un plan de conquistas más vasto y expresado con menos palabras: Id, y conquistadme todas las gentes. Pues bien: esto dijo Jesucristo, y lo dijo al clero, representado el dia de su Ascension en aquellos pocos discípulos que fueron los primeros sacerdotes. Esto dijo, y esto ha de realizar el clero, si ha de ser lo que debe ser sobre la tierra, continuador de la obra de Jesucristo.

Salir ahora, pues, con la peregrina especie de que el clero es ambicioso de influencia, de preponderancia social, de dominio sobre las conciencias, etc., etc.; añadir que á esto subordina toda su

conducta, que á esto obedecen sus secretos manejos, y por fin y postre hacer de todo esto una tremenda acusacion y lanzársela en rostro como cosa capaz de deshonrarle, es, amigo mio, falta completa de sentido comun, es disparatar escandalosamente, es no dar pié con bola en intríngulis de religion y hasta de meros conocimientos históricos. Léjos de ofender al clero esa nota de ambicioso, le honra. A faltarle ella, si posible fuese, buena cuenta les aguardaria á sus indivíduos en el tribunal de Dios. A los no ambiciosos con este linaje de ambicion llama la Escritura con apóstrofes capaces de encender las mejillas de vergüenza al más calmoso. Llámalos *siervos perezosos* y *perros mudos*. ¿Oisteis?

El clero, pues, óiganlo bien sus enemigos, el clero trae desde el nacer, y no la dejará hasta el morir, esta incalificable ambicion de someter al mundo todo á su influencia. No nos pesa en esto. llamar las cosas hasta con el nombre con que las llaman nuestros enemigos. La influencia clerical y teocrática, esa es á quien han de subyugarse todos, sábios é ignorantes, ricos y pobres, gobernantes y gobernados: esa es la que el clero tiene la *insensata* ambicion de hacer prevalecer á toda costa. Para obtener esta influencia, y para sostenerla donde la tenga, y para recobrarla donde la hubiere perdido, ha trabajado el clero en todos tiempos, y en esto, desengáñense sus adversarios, será incansable y no lo dejará sino con la vida. Se le ha impuesto eso por única y soberana mision, y la cumplirá.

Mas esto que el mundo y nosotros ahora para darle gusto hemos llamado ambicion, tiene en el lenguaje cristiano nombre mas propio y adecuado; se llama celo. Y sobre esto ocúrreme ahora mismo una observacion. ¡Cuán poca es la diferencia que va muchas veces de un gran vicio á una heróica virtud! El celo y la ambicion, hé aquí una virtud y un vicio que ofrecen rasgos tan parecidos, que muchas veces solo pueden distinguirse por el fin al cual se aplican. Hasta sus nombres pueden trastocarse, sin que el trastrueque haga otra cosa que poner más de relieve sus semejanzas. ¿Qué es, en efecto, la ambicion sino un *celo* ardiente por la gloria propia y por el propio bienestar? ¿Qué es el *celo* sino una ambicion extraordinaria por la gloria de Dios y por el bien de nuestros hermanos? Ejemplos al canto. Dos hombres abandonan su patria, renuncian á las dulzuras de la familia, sufren mil incomodidades, se entregan á los azares de una larga navegacion, se exponen á los contratiempos de un clima malsano, padecen hambre, sed, enfermedades, persecucion, riesgo de la propia existencia. Ambos al parecer hacen lo mismo; un abismo, sin embargo, media entre los dos. El uno es un mercader que va á recoger en la California un capital; el otro es un misionero que va allá mismo á salvar un alma. Alejandro Magno y Francisco Javier, ambos pasan á la India á realizar fabulosas conquistas; pero el uno busca cuerpos que uncir á su carro triunfal, el otro corazones que acercar á Jesucristo. Llamad á los dos celosos, llamadles am-

biciosos, no reñirémos por la palabra, con tal que nos entendamos sobre su significado.

Sí; tal es el celo ambicioso del clero, ó llámese, si se quiere, su ambicion celosa. Vamos á poner de manifiesto cuánto sirve el clero á los verdaderos intereses del pueblo con esta su desapoderada ambicion.

III.

Sí, el clero tiene una gran ambicion, una ambicion sublime, la de que sus ideas y su influencia preponderen en el mundo; la de que todos, chicos y grandes, reyes y pueblos, vivan sometidos á Dios y á su unigénito Hijo Jesucristo y á su representante en la tierra, la Iglesia católica, apostólica, romana. Sí, esa es la ambicion del clero; no hay para qué ocultarlo ni para qué andarse con rodeos para decirlo á todo el que quiera saberlo.

Pero tras esto ocurre al momento una observacion. El clero al realizar esta su augusta mision de establecer y conservar en el mundo el reinado de Jesucristo, no lo puede hacer sin que ese mismo mundo salga admirablemente favorecido por el resultado de sus trabajos. Ya en otra ocasion hemos citado el dicho aquel de un escritor, por cierto poco afecto al Catolicismo, quien hace notar que el Cristianismo, al parecer destinado únicamente á realizar la felicidad del hombre en la otra vida, procura como de pasada realizar tambien su felici-

dad en la presente. Y en tanto es indudable esta verdad, que muchos, erradamente á nuestro concepto, so color de defender mejor al Catolicismo de los ataques de sus enemigos, se detienen exclusivamente en el recuento de los innumerables beneficios que viene prestando á la felicidad de los pueblos, olvidando con sobrada frecuencia que el objeto *directo* de la Religion no es hacer próspera la vida humana, sino hacer segura la salvacion eterna.

Pues bien. Todo lo que en este sentido se diga del Catolicismo, es aplicable al clero en sus relaciones con el pueblo. Sí, tambien el clero, enviado por Dios para asegurar la bienaventuranza eterna de las almas, no parece sino que lo ha sido principalmente para afianzar los intereses temporales de los pueblos. El clero es el mas legítimo representante de las clases populares, y la preponderancia de aquel y el bienestar de estas andan de tal suerte ligadas, que forzosamente ha de resentirse el uno de las vicisitudes del otro. La ambicion del clero para hacer predominar en el mundo la influencia cristiana, á nadie, pues, favorece más, aun en lo humano, que á ese pobre pueblo, de quien se le quiere representar como constante tirano y opresor.

Bastaria para esto considerar que las máximas é instituciones que la ambicion del clero pretende hacer prevalecer en el mundo con su preponderancia no son en el fondo más que máximas populares en el más riguroso sentido de la palabra. A todas

horas está predicando el enaltecimiento de la pobreza, el respeto á los débiles, el socorro á los necesitados, el deber de mirar como hermanos á los pequeñuelos, el peligro de las riquezas, la necesidad de refrenar el orgullo de ellas, el deber de satisfacer escrupulosamente á los trabajadores, doctrinas todas destinadas á conservar la dignidad del pobre y á impedir la vejacion del poderoso, manteniendo por medio de esta sábia economía cristiana el equilibrio entre unas clases y otras, equilibrio que las pasiones tienden constantemente á destruir. Y estas máximas no las ofrece el clero como meras teorias especulativas, sino que allí donde puede adquirir su *ambiciosa* preponderancia las plantea inmediatamente en mil y mil instituciones prácticas con que acude al socorro de todas las necesidades y al consuelo de todas las aflicciones. No hay en Europa obra de beneficencia ó de instruccion popular que no sea debida á la iniciativa y á la preponderancia clerical. La revolucion ha podido venir despues á *secularizar* dichas instituciones arrebatando su direccion y sus bienes por medio de un inícuo despojo á la clase á quien se debiera su fundacion. Bastan para dicha secularizacion un decreto y un poco de fuerza más ó menos brutal para apoyarlo. Mas á buen seguro que si la revolucion hubiese debido fundar y organizar con su influencia lo que con tanta facilidad arrebata de las manos de la *vil* teocracia, ni las ciudades y villas y pueblos ostentarian hoy hospitales magníficos, ni el suelo de Europa se hubiera visto cubierto, en siglos de ig-

norancia, de universidades pontificias y de escuelas episcopales, que sin duda valian más para el pueblo que ciertos modernos ateneos en que se le enseña la guerra á Dios, la liquidacion social y la práctica del amor libre.

Muéstrese una obra del clero, un libro suyo, una institucion suya, un reglamento, una simple cofradía, en que no resplandezca esta viva solicitud en favor de las clases menesterosas. Mientras el protestantismo en la que se llama la libre Inglaterra y la sábia Alemania ha mantenido durante largos siglos al trabajador en un estado de embrutecimiento que, en la primera sobre todo, horroriza aun hoy dia á los que visitan ciertos centros industriales; la influencia del clero católico y su aborrecida preponderancia habian colocado aquí al pueblo á una altura de independencia, de prestigio civil y de noble altivez de que dan muestras nuestros antiguos gremios y sus admirables constituciones. El gremio de zapateros, carpinteros ó de cualquier otra profesion alternaba en nuestros festejos religioso-populares con las corporaciones mas aristocráticas; la sencilla bandera *gremial* con la imágen del Patron, que levantaban manos encallecidas en rústicos oficios, era tan respetada aquí como el escudo glorioso de los Cardonas y de los Moncadas, y en la losa sepulcral del gremio labraba este las herramientas de su industria con tanto amor como el noble los blasones de su familia. Y el clero colmaba de distinciones y prerogativas á esta clase popular, y el clero y el pueblo eran tan unos, tan

hermanos, que casi siempre se pronunciaban juntas estas palabras, como si la una no fuese en realidad más que el complemento de la otra.

Y ¿cómo no habia de ser así entonces, y cómo no debiera ser así ahora mismo, si entonces como ahora el clero no era y no es sino el pueblo mismo, si unos eran y son el orígen, la condicion y los intereses de ambos? Pongamos todavía en más bajo nivel la cuestion; considerémosla en la línea de los mismos intereses meramente humanos; prescindamos de todo carácter sagrado y de todo ministerio divino. Decidme por vida vuestra. ¿Puede ser el clero ambicioso en perjuicio del pueblo? Pues qué, ¿de dónde sale el clero? ¿A qué clase pertenece toda la vida el Cura? ¿Quiénes son por regla general sus padres, hermanos y allegados? Del pueblo sale, y muy á menudo de las últimas filas de él; el talento y la virtud le elevan tal vez á superior jerarquía, sin que no obstante se desconozca que sus deudos labran los campos ó ejercen en un villorrio profesiones humildísimas. Hijos son del pueblo, y de lo que se llama bajo pueblo, muchas veces, los que ostentan mitra y empuñan báculo, los que visten colorado en las catedrales, los que regentan cátedras y apacientan importantes parroquias. Díganme ahora las personas imparciales: El clero, salido en su mayor parte de las clases populares, ¿ha de ser enemigo sistemático de ellas? Francamente: más bien fuera de temer, dada la fragilidad humana, que á los ricos y á los poderosos se les hiciese sospechosa de poco afecta

á ellos la influencia clerical. Si yo no tuviese fe, y fuese enemigo del pueblo, lo digo con toda sinceridad, me espantaria de ver que en cada capital hay un hijo del pueblo con el nombre de Obispo, y en cada curato otro hijo del pueblo con el nombre de Párroco, y que estos hijos del pueblo disponen de una regular influencia, y alternan con los más potentados, y tienen reconocida y aceptada una autoridad que los constituye verdaderos jefes de las conciencias de aquella localidad ó provincia. Sí, lo repito, si fuese yo impío y fuese enemigo del pueblo, espantaríame de que la causa popular tuviese en el seno de las clases acomodadas tales representantes. Se me haria sospechosa tal ingerencia. Se me habia de figurar que aquellos hombres siempre habian de inclinar más su favor hácia abajo que hácia arriba, supuesto que hácia allá les llaman su orígen, sus relaciones, los afectos más irresistibles del corazon humano. ¡Y hay todavia quien se empeña en presentar al clero como una clase hostil al pueblo y solo ligada por sus intereses y simpatías á la suerte de las clases acomodadas! ¿Hay institucion mas *democrática* que esta, en la cual el hijo del barrendero puede llegar á hacerse besar la mano por la aristocracia mas encopetada? ¿Saben nuestros lectores que la madre de uno de los Prelados que más gloria han dado á la Iglesia española en estos últimos tiempos era poco menos que una infeliz mendiga? ¿No ha de tirar constantemente hácia el pueblo una clase que sale tan del fondo de sus entrañas? Sus adversarios dicen que no. Allá

se las compongan ellos con el sentido comun. Este y los hechos andan diciendo á todas horas que sí.

Tenemos, pues, amigo mio, que si ambicion hubiese en el clero, dadas las doctrinas que defiende, y dada su propia naturaleza, no podria ser ambicion avasalladora del pueblo, sino ambicion completamente en beneficio de él, á su servicio, ambicion verdaderamente popular. ¿Creerás todavía que pueblo y clero han de ser por necesidad irreconciliables?

IV.

Una de las acusaciones que más frecuentemente y con más apariencia de razon se hacen al clero es la de intolerante. ¡Cuántas cosas no se han dicho y se dicen todos los dias contra la intolerancia clerical! Ya se ve; en un siglo que cuenta entre una de sus conquistas más preciadas la tolerancia, que no es sino la universal indiferencia: en un siglo ante cuyo criterio soberano son iguales todos los cultos y reducidas á la categoría de meras opiniones todas las creencias, es lógico, es natural que se llame intolerante al que sostiene la bandera de la verdad única, de la moral única, llamando á cada cosa con su propio nombre: á la impiedad, impiedad; á la herejía, herejia; al error, error. Esto, en opinion del siglo, es feroz intolerancia. ¿Cómo ha de librarse el clero de esta nota cruel?

No pretendo yo librarle de ella. Hace poco no rechacé la tacha de *ambicioso* que se le atribu-

ye al clero; contentéme con explicarla, demostrando que dicha ambicion era un deber suyo, y que el clero dejaria de ser lo que debe el dia en que dejase de tener la gloriosa ambicion de hacer reinar en todas partes y entre todos los hombres, el nombre, la doctrina y la ley de Jesucristo, y la influencia en todo y por todo de su santa Iglesia católica, apostólica, romana. Ahora, pues, quiero probar de la misma manera que el clero es intolerante, sí señor, y que debe serlo, y que no puede dejar de serlo. El clero debe ser por necesidad enemigo jurado de esa tolerancia que es dogma fundamental del siglo; el clero no puede admitir ese respeto á todas las opiniones, esa condescendencia con todos los pareceres, esos derechos absolutamente iguales de la verdad y del error, que por desgracia nuestra están en nuestros dias casi oficial y solemnemente reconocidos.

Nadie se asuste. Nada hay más tolerante que lo que se llama intolerancia clerical, así como nada hay mas intolerante que lo que se llama tolerancia revolucionaria. En esto, como en muchas otras cosas, los nombres andan trocados y las ideas se han disfrazado lastimosamente. A ver si podemos restablecerlas en su natural y genuina significacion. Filosofemos.

La verdad es de suyo y por necesidad intolerante; es tan intolerante, que es de suyo exclusiva; y tan exclusiva, que lo primero que hace es proclamarse única. Efectivamente: la verdad es una sola, y esto en todos los ramos que abraza la inteli-

gencia humana. Así que, cuando una ciencia posee más caracteres de certeza, ó lo que es lo mismo, cuanto una ciencia posee más verdad, tanto es más única, tanto es más exclusiva, tanto es más intolerante. Tomad por ejemplo las matemáticas, que han merecido por excelencia el dictado de ciencias exactas; nada hay más intolerante que ellas. Sus afirmaciones son tan tiránicas y tan despóticas, que una vez reducidas á teorema demostrado, exigen absolutamente el asentimiento de la inteligencia, hácense incuestionables, y al que intenta ponerlas en duda contestan únicamente echándole en cara el calificativo de necio ó de insensato. Dos y dos son cuatro. Nada mas intolerante que ese cuatro que sale necesariamente de la fórmula dos y dos. ¡Ciertamente es una intolerancia feroz la de la verdad!

Ahora bien. La verdad religiosa enseñada por el Catolicismo es la verdad absoluta, porque es la verdad directamente revelada por Dios mediante su unigénito Hijo Jesucristo. Verdad de un órden superior á toda otra de órden puramente científico, por exacta que aparezca; verdad que llega á identificarse con su propio Autor, que ha dicho de sí mismo: *Yo soy la verdad.* Si algo tiene, pues, derecho á un dominio exclusivo y absoluto es el Catolicismo. Su naturaleza le obliga á llamar error á toda otra cosa que en el órden religioso no sea él, y á toda otra cosa que en el órden social, político ó científico le sea contraria. Y no solo á esto debe llamar error, sino que como á error debe tratarlo, procurando vencerlo y extirparlo por cuantos me-

dios estén dentro la esfera de su actividad. Entre intereses puede haber transaccion ó acomodamiento. Entre doctrinas no cabe transaccion. Si la verdad religiosa juzgase que su rival puede quizá tener razon, y que por lo mismo hay que tratarla con ciertas consideraciones, abdicaria con esto su carácter de verdad absoluta, bajaria de su pedestal divino para igualarse al vulgo de las humanas opiniones, dejaria de ser dogma para pasar á ser frágil teoría. La verdad religiosa lleva, pues, por propia y esencial condicion suya el ser intolerante é intransigente. Todo lo que no sea ella en el órden religioso es error. Todo lo que se oponga á ella en cualquier otro ramo es maldad.

Vamos á ver ahora ¿qué es el clero? ¿No es el ministro de esta verdad? No decimos más que el ministro, porque el maestro es Dios. ¿No es el ministro de esta doctrina? Ha de ser, pues, como ella exclusivo, intransigente, intolerante. Ha de llamar, por consiguiente, error á todo lo que en el órden religioso no sea su enseñanza, y maldad á todo lo que en el órden práctico se oponga á ella. Ha de condenar *a priori* como absurdo todo lo que en la vasta esfera del pensamiento humano se manifieste contrario á este dogmatismo que se nos revela como el pensamiento divino. No puede hacerlo dependiente de las vicisitudes de los tiempos, ni de las veleidades de la moda, ni de los caprichos de lo que se llama espíritu del siglo, exigencias de la época, adelantos de la civilizacion. No. *Christus heri et hodie ipse et in sæcula.* «Cristo es el mismo

ayer, hoy y por todos los siglos.» No hay que pedirle, pues, que ponga sus fórmulas en armonía con ciertos adelantos, porque los adelantos todos son los que deben ponerse en armonía con él. Y si están conformes son legítimos, si discordes *a priori* deben juzgarse absurdos. A él deben amoldarse las humanas instituciones, no él á ellas. Pedirle concesiones á lo absoluto, modificaciones á lo invariable, es pedir su destruccion, su anulacion, la abdicacion de su propio ser, el suicidio.

Chocará sin duda la rigidez y severidad de estas ideas á muchos hijos de la generacion actual acostumbrada á mecerse en la fluctuacion de todos los sistemas, generacion mareada por la duda y el escepticismo, que no se siente con valor siquiera para afirmar rotundamente que lo blanco no sea negro, y que lo negro no sea blanco; generacion que ha llegado á poner en tela de juicio el principio de contradiccion, sosteniendo como posible la identidad de los contradictorios. Lo comprendemos. La idea que de la verdad les ofrecemos les parecerá delirio de intolerancia, y el clero, ministro de tal idea, una monstruosidad. Para el Catolicismo y para nosotros, humildes discípulos de filosofía católica, es sencillamente la verdad. El código de la intolerancia es el Evangelio, que dice con una llaneza que aterra: *Qui non est mecum contra me est:* El que no está conmigo está contra mí.

V.

—Muy alto picais, amigo mio; salta aquí uno de mis acostumbrados interlocutores, hijo del pobre pueblo, y al pediros tratáseis un poco de la intolerancia clerical, cierto no fué nuestro deseo el que os metiéseis en tales honduras. Si la intolerancia del clero no fuera mas que la que con tanto calor habeis defendido, razon tendria en ser intolerante. Al fin debe enseñar lo que le manda Dios y no otra cosa, ni es libre él de andarse cada dia inventando verdades nuevas á gusto de todos los paladares. La verdad hay que tomarla como es ella en si, ni un palmo más hácia allá, ni un palmo más hácia acá. Pero es el caso que en la predicacion y defensa de esta verdad sus enemigos le atribuyen al clero procedimientos tales, que, hablando francamente, no nos parecen los mas conformes á la suavidad de su doctrina. Además, la posesion de la verdad le da al clero cierto rigor y aspereza que no son lo más propio para atraer á los adversarios. No sentarian mal algunas explicaciones sobre estos puntos, que son precisamente los que andan hoy mas en boga.

—De mil amores, amigo lector, voy á ocuparme de los que ligeramente acabas de insinuarme, convencido como estoy de que ellos vienen á ser el caballo de batalla de los enemigos del pobre clero. Para mayor claridad dividamos en dos los puntos de vista bajo los cuales se le suele presentar into-

lerante, y son: la *predicacion* del Catolicismo, y la *defensa* de él. En ambos me ha de ser cosa fácil hacerte notar la sinrazon de los acusadores.

En primer lugar, el clero no es ni ha sido nunca intolerante (en el mal sentido en que se toma la palabra) en la predicacion de su fe. Nunca ha empleado para ello procedimientos de fuerza, ni siquiera de coaccion moral. Tanto es así, que en este punto el clero más bien ha sido en todos tiempos víctima de la intolerancia de sus enemigos.

Abramos la historia de las predicaciones del clero en los pueblos donde no era conocida la ley del Salvador; ¿qué siglo ó qué nacion quereis escoger? ¿en qué página quereis fijar más escrupulosamente vuestras investigaciones? ¿Imponia á la fuerza el clero sus doctrinas en los primeros tiempos del Cristianismo cuando las predicaba á costa de su sangre y por ellas moria en los circos de Roma, ó gemia bajo el azote ó el garfio del verdugo? Fuerza se empleaba entonces, y por cierto brutal y sanguinaria, pero era para ahogar la voz del ministro del Evangelio, no para procurarle discípulos. Intolerancia habia, pero estaba al servicio del error, no de la fe cristiana.

Y no se crea que esta observacion sea tan solo aplicable á la lucha desigual que tuvo que sostener el clero con todo el poder del paganismo romano para dejar al fin establecido en lugar de él el Cristianismo. No; todos los pasos que en el mundo ha dado nuestra Religion, y los que adelanta aun hoy dia en los países del nuevo continente, van

acompañados de esa intolerancia, no de ella para con los pueblos, sino de los pueblos para con ella. Yo no sé que la fe cristiana se haya establecido en region alguna del universo sin sangrientos combates en que sus adversarios han sido los verdugos, el predicador la víctima, y la Religion ¡alabado sea Dios! la vencedora. Es esta una como ley histórica que nunca miente. Lo mismo le acontece al clero de las Misiones en la India, en China, en el Japon, en la Australia, ó en Madagascar. Hoy mismo nos vienen á menudo en periódicos y revistas noticias de atroces martirios sufridos por nuestros hermanos en alguna de estas bárbaras naciones, en donde, como en el antiguo imperio romano, diríase que solo se ha hallado un medio para hacer que arraigue y crezca el árbol de la fe, y es, regarlo con la sangre de sus cultivadores. Esto nadie puede negarlo sino es un malvado, ni nadie desconocerlo sino es un ignorante. Cuesta poco declamar contra los procedimientos intolerantes del clero católico, es muy fácil llenar columnas de periódico ó entregas de novela con descripciones terroríficas; mas difícil es desmentir la historia imparcial que deja claramente consignada en todas sus páginas estas importantes verdades: el Catolicismo nunca se ha impuesto á los pueblos á la fuerza, antes bien en todos ha sido la fuerza quien se ha opuesto á la predicacion del Catolicismo. El clero, predicador de la verdad, nunca en sus predicaciones á países gentiles ha sido ayudado por el poder público; siempre en todas partes ha sido contrarestado por

él. La espada y el cetro no han ayudado á la cruz, sino cuando despues de sangrientos choques han sido vencidos por la paciencia de ella.

—Esto por lo que se refiere á la predicacion de la fe; pero (saltará algun impaciente) ¿ha sido igual la conducta del clero en la *defensa*? ¿Ha defendido siempre, por medio de la conviccion sola, como predicó siempre por medio de la conviccion sola? No veo que aquí os sea tan fácil la contestacion.

—Facilísima, amigo mio; solo que aqui la cuestion varia completamente de aspecto. Nunca hay derecho para emplear la fuerza como medio de propaganda religiosa. Es verdad. Pero una vez establecida la fe en una nacion, hijas de la fe todas sus leyes, sumisos á la fe todos su poderes, es lícito y muy lícito el uso de la fuerza para defenderla de los ataques exteriores que intentan socavarla ó corromperla. Entonces no es el clero quien defiende sus creencias, es el poder público quien sale á la defensa de la Religion atacada, como sale á la defensa de los demás principios fundamentales de la sociedad cuando los ve socavados. Una nacion entera profesa ciertos principios, y ha puesto en su código penal castigos contra los que ataquen á la Religion, como los ha impuesto contra los que ataquen á la propiedad, á la familia ó á la seguridad individual. ¿Quién puede negar á esa nacion el derecho de castigar tales delitos? ¿Hay aquí imposicion de ningun género? Hay simplemente un caso de legítima defensa. Tampoco se imponen los preceptos de la moral. A nadie se le fuerza á vivir cas-

tamente. Sin embargo, ¿no le será lícito á la ley castigar á los seductores y adúlteros que corrompen la moral ajena y violan sus más sagrados derechos? Pues qué, si tienes tú el pretendido derecho de corromper, ¿no tengo yo el derecho indudable de no ser corrompido? ¿Y no lo tiene mi hermana? ¿Y no lo tienen mis hijos?

Varias veces me ha ocurrido que los más decididos partidarios de la absoluta libertad que llamarémos social, suelen ser los más decididos enemigos de ella en su familia. En esto felizmente no han acabado de pervertirse del todo las nociones de justicia: afortunadamente hay todavía muchas inconsecuencias, y los que se han reputado monstruosos abusos de intolerancia en el gobierno de la sociedad civil, son tenidos aun por principios santos y saludables en el de esta otra sociedad civil más reducida, que se llama hogar doméstico. Ciudadano hay que defenderá con gran calor en el Parlamento, en la prensa ó en el casino, los llamados derechos absolutos de la conciencia humana para creer ó no creer, respetar ó no respetar, sin límite ó restriccion de ningun género, y vigila, no obstante, las puertas de su casa, no permite que salga su hija sin compañía, fiscaliza las acciones del hijo mayor, corrige severamente lo reprensible, y hace uso del sistema preventivo y del represivo, segun cree más conducente; es decir, se porta como un buen padre de familias, severo é intolerante con todo lo malo, á la par que celoso por todo lo bueno. ¡Y este padre de familias, que en el régimen de la

pequeña sociedad de que es gobierno halla saludables tales principios, los halla absurdos en el régimen de la nacion, que al fin no es más que una gran familia, de la cual el poder público es el tutor! Pues bien. ¡Padres de familia! cuando ese clero á quien llamais intolerante invoca el auxilio del poder público para la defensa de la fe traidoramente atacada; cuando clama por la suspension de tal periódico infame, por la destitucion de aquel catedrático ateo, por la clausura de una academia impía; cuando recoge libros perversos ó los denuncia á la execracion de las almas honradas; cuando impone penitencias á los que los leen, y lanza terribles anatemas contra sus autores; cuando ¡ah! llamais á todo eso intolerancia, fanatismo, procedimiento inquisitorial, y otras mil y mil palabrotadas que la revolucion os ha enseñado á proferir, quizá sin entenderlas, el clero hace en favor de la sociedad que le está encomendada ni más ni menos que lo que haceis vosotros en vuestra familia; no hace más que defender los principios sociales, del mismo modo que defendeis vosotros los sanos principios domésticos. ¿Por qué no abrís vosotros las puertas del gabinete de vuestra hija á todos los calaveras? ¿Por qué no le permitís á vuestro hijo todas las compañías? ¿Por qué andais buscando minuciosos informes antes de admitir á vuestros criados? ¿Por qué andais registrando curiosamente todos los papeles del tocador de vuestra mujer? Decidme francamente y sin rubor. ¿Hay libertad de imprenta en vuestra casa? ¿Hay libertad de asociacion? ¿Hay el derecho

sacrosanto del pensamiento libre? ¿Hay el otro derecho no menos sacrosanto de la insurreccion? ¿Hay siquiera en esa pequeña sociedad el uso del sufragio universal? ¡Infelices! Nada hay de eso, ¿no es verdad? Y desgraciada la familia en que algo de eso hubiese, ¿no es cierto? Pues bien, que conste: sois intolerantes, sois fanáticos, sois inquisitoriales, tanto por lo menos como ese pobre clero, como ese Papa, como esos Cardenales, como esos obispos, como á esos frailes á quienes pintais con tan horribles colores, solo porque piden se aplique al por mayor en la gran familia social la misma intolerancia que vosotros defendeis y aplicais al por menor en la pequeña sociedad doméstica. Respondedme si podeis.

¿No es verdad, amigo, que ves ahora de muy distinto modo lo que se llama la intolerancia del clero?

VI.

La intolerancia de que acusan algunos al clero, la entienden muchos tambien con respecto á sus costumbres y porte exterior, doliéndose de lo que llaman ellos excesiva austeridad, apartamiento exagerado del trato social, carácter adusto, etc. Les oiréis lamentarse frecuentemente de que el clero no alterne con ellos en las diversiones, de que huya de los públicos espectáculos, de que se haga del escrupuloso por entrar en un café, y otras menudencias por el estilo. Personas que pasan por sen-

satas y que en otros asuntos dan muestras de no carecer de sentido comun, desearian que las costumbres modernas hiciesen algo menos inflexibles sobre este particular á nuestros sacerdotes; quisiéranlos algo más condescendientes, y hay quien llegaria á pedir, si en su mano estuviese, que el Cura, fuera de los actos de su ministerio, en nada se distinguiese de los seglares. Así disparatan gentes á quienes por otra parte no puede acusarse de impiedad, y al infeliz que sobre esto sostenga las verdaderas máximas en favor de la rigidez y severidad del porte sacerdotal, se le arroja en rostro el manoseado mote de intolerante. Acabemos nuestras observaciones sobre la intolerancia, tranquilizando á estos señores.

¿Es favorable ó no al sacerdote y á la misma sociedad el que aquel viva lo más que sea posible apartado de las profanidades de esta? Indudablemente que sí. Las virtudes que constituyen el carácter sacerdotal son hijas del retiro y de la concentracion interior; no se puede hablar largamente con Dios ni consigo mismo, cuando hay que dar muchas horas al trato libre de los hombres y á la participacion de sus vanidades. Aun para el seglar es cierta aquella sentencia de un libro profundísimo: «Cuantas veces anduve entre los hombres, salí de su compañía menos hombre.» ¿Cuánto mas podrá decirlo un eclesiástico? Aun los seglares necesitan el apartamiento de las diversiones y placeres del siglo cuando han de cultivar para las ciencias y artes elevadas su espíritu; los filósofos se encier-

ran en la soledad; los artistas se alejan del bullicio; ¿cuánto mas el que ha de dedicarse sin cesar al profundo estudio de la religion y del corazon humano?

De lo cual no sabemos ciertamente si resulta todavía más favorecida la sociedad que el mismo sacerdote. ¡Ay de la sociedad cuyos hijos para sus necesidades espirituales han de ir á buscar al sacerdote al palco del teatro ó á los salones de la Bolsa, como se va á buscar allí al médico ó al abogado! Poca confianza le merecerá el tal sacerdote á la tal sociedad.

Hay sobre esto una observacion digna de ser notada. Los mismos mundanos, los que llevan una existencia únicamente entregada á las diversiones y á la frivolidad, los mismos que mil veces le han censurado al Cura católico su austeridad y retraimiento, viene tal vez un dia en que, ó tocados de la mano de Dios, ó heridos de grave enfermedad, ó afligidos por dolorosos desengaños, necesitan desahogar su corazon en el seno del sacerdote, anhelan una palabra tranquilizadora de sus labios, ó un consejo en las vacilaciones de su espíritu agitado. Y entonces no se les ve acudir al clérigo que tal vez conocieron y trataron un dia en el lugar de sus diversiones (si alguno hay de estos infelices); no van al Cura tolerante, condescendiente, atildado en su traje, galanteador... no, no; buscan aquel otro cuyo semblante y maneras recogidas habian tal vez criticado; buscan al que vivió siempre alejado de lo que ellos amaron, y le buscan donde se encuen-

tra habitualmente, en su modesta habitacion, en la santa oscuridad del santuario, ó en el hospital donde se ejercita en obras de caridad. Y en este depositan sus secretos, y á este hacen sus mas íntimas confidencias; de este esperan todos los consejos y todos los consuelos. Apelo á la experiencia.

¡Desdichados! ¡Quisiéraislo todo á vuestra imágen y semejanza, religion, sacerdotes, culto, dogmas, moral, Pontificado; que fuese todo una adulacion constante de vuestro proceder y de vuestras máximas mundanas, cuando no debe ser sino una constante reprension de las mismas! La voz de la Religion fuera entonces tan estéril para el bien de los pueblos como lo fué en la antigüedad la voz de los célebres filósofos que nadie escuchó, y como lo son en la actualidad las páginas elocuentísimas de vuestros tratados de filosofía, que á todos deleitan y convencen, pero á nadie mejoran. Si Cristo y sus Apóstoles hubiesen empezado por hacerse del cortesano con los mundanos de su tiempo, estaria aun por bautizar el primer cristiano. La voz que ha de corregir á la sociedad no ha de salir del seno de sus miserias y vanidades manchada y empequeñecida con ellas. Del desierto, en cierto modo, esto es, de la soledad, del retiro, ha de oirse el trueno que la despierte de su adormecimiento y la haga estremecer en medio de sus culpables disipaciones. ¿Os moverán á contricion los sublimes arranques apostólicos del que á vuestro lado haya estado aplaudiendo la noche anterior los gorgoritos de la *prima donna?* ¿Abrirá hoy vuestra hija los replie-

gues de su corazon virginal á quien vió ayer en el teatro apuntando su antojo á las *artísticas* posiciones de la bailarina? ¿Encenderá las almas en amor de Dios, y en deseos de servirle á Él solo, quien pasa todas las noches junto al piano de la tertulia convertido en oficioso edecan de las hermosas? ¡Grima da que la perversion y trastrueque de las nociones más elementales haya hecho necesario insistir en tales trivialidades! ¡Vergüenza causa tener que llamar católicos á los apreciables sujetos que desean para el clero católico esta tolerancia, esta civilizacion, estas que llaman condescendencias con el espíritu del siglo!

Yo no acierto á ver en todo esto más que uno de los muchos medios estratégicos de que se vale para sus fines la revolucion. Es más hábil corromper al clero que destruirle. Lo segundo no es fácil conseguirlo; á lo menos hasta ahora no se ha logrado. Pero dado que se lograse, seria todavía mas ventajoso para Satanás convertirle en auxiliar de sus depravados intentos. Y esto lograria la revolucion el dia en que tuviese un clero *condescendiente* como desea. Condescendiente con las costumbres del siglo, fuéralo luego con sus ideas, y sabido es que las ideas que hoy gozan favor y privanza en los círculos seglares distan mucho de ser sanas y ortodoxas. ¡Corromped! ¡corromped! Este es el grito que sale de los centros de las sectas secretas que subterráneamente dirigen la escena revolucionaria que trae agitado al mundo. Y la correspondencia particular de algunos jefes de esta secta publicada

por Segur en su folleto la *Revolucion*, y por Cretineau-Joly en su obra *El Pontificado y la Revolucion*, nos ha descubierto que el objeto principal de las acechanzas corruptoras de los sectarios es el clero. ¡Y cuántas y cuántas personas, en nombre de una ilustracion y cortesanía mal-entendidas, son instrumento inconsciente pero eficacísimo de esa propaganda satánica! Déjenle, pues, en su recogimiento, en su austeridad, en su separacion completa de las concurrencias profanas, por inocentes que parezcan; déjenle en su aislamiento y en su antisociabilidad los que bien le quieran, y los que bien quieran á la sociedad. ¡Ay del dia en que se encuentre el sacerdote en todas partes! Aquel dia no se le buscará con afan en ninguna. ¡Ay del dia en que nada distinga al eclesiástico del seglar, más que el ornamento sagrado durante los breves momentos de su presencia en el santuario! ¡Aquel dia habrá logrado su infernal objeto la revolucion anti-católica! ¡Aquel dia no habrá sacerdotes, ó será tal vez peor que si no los hubiese!!!

Felizmente en esto, como en tantas otras cosas, Dios y el clero no darán ese gusto á la revolucion.

VII.

—No negaréis al menos, amigo mio, que el Cura suele ser por lo regular interesado, celoso de su comodidad personal, poco amigo de darse pena por nadie de este mundo, aislado de los demás. La soledad del celibato le constituye como un anillo

suelto en la cadena social; para el Cura, pasado, presente y porvenir se reducen al bienestar de su importante persona. En menos palabras. El Cura es casi siempre egoista.

—Lo que no negaré es que la acusacion que precede es más frecuente de lo que debiera ser si el sentido comun no fuera, como dice un escritor muy ladino, el menos comun de los sentidos. La idea de que el pobre Cura es un sér aislado, solitario, anillo suelto en la cadena social, atento únicamente á sí y olvidado de los demás, egoista, en una palabra, no es una acusacion en forma, porque las acusaciones suelen probarse: es simplemente una calumnia. Vamos á presentarla como tal en su vergonzosa desnudez. Hechos, hechos.

No hay apenas hospicio, hospital ó casa de beneficencia en España cuyo orígen no sea eclesiástico. Más aun. De todas las rentas que un dia tuvieron dichas casas de caridad, la parte mayor y más principal era debida á donaciones y legados de eclesiásticos. Si el clero ha sido en todos tiempos egoista y avariento, fué sin duda un egoismo y una avaricia muy singular la que no le impidió dejar al mundo tales monumentos en favor de los pobres y desgraciados. ¿No te lo parece así, lector amigo? Una excursion por España examinando el orígen de sus instituciones caritativas seria un poco larga, pero sumamente instructiva y gloriosa para el clero. Tengo á la vista un folleto (1) escrito

(1) *La revolucion y el clero*, por José Doncel y Ordaz.—Barcelona, imprenta de Jepús.—1869.

pocos años há, en que se toca con alguna detencion este punto, y en que para probarlo se recorren con estilo pintoresco las más notables ciudades de España, y no puedo resistir á la tentacion de trasladar de él algunos apuntes. El autor no se ha ceñido á citar establecimientos de beneficencia, sino que se ha extendido á muchas otras instituciones de pública utilidad. Oigámosle, pues quiero cederle á él mismo la palabra.

Ahora, dice, vamos á reconocer una multitud de monumentos, testimonios vivientes del *egoismo* clerical. No daréis un paso por España sin que tropeceis con alguno de ellos.

Venid; vamos á recorrer una de las Castillas, ese país clásico de la honradez y de las más caballerescas y sencillas costumbres. Interrogad á la mayor parte de sus viejas ciudades. Ahí teneis á Búrgos, matrona nobilísima envuelta en la capa de nieve de sus montañas, como se envuelve una reina en su manto de armiño; preguntadle por esos monumentos, que no ha de hablaros el lenguaje de la mentira. ¿No es verdad, augusta anciana, madre del Cid y de Nuño Rasura; no es verdad que encierras dentro de tus muros un hospital para los hijos del pueblo, para nuestros hermanos desvalidos y enfermos, un hospital que fundó con sus bienes patrimoniales el canónigo Barrantes Aldana, y que enriquecieron despues con pingües donaciones un Abad de San Quirce y el arzobispo Navarrete? ¿No se deben tu colegio de San Nicolás y tu Seminario, esos benéficos institutos donde se educan y hacen buenos los hijos de los pobres, no se deben al cardenal Lopez de Mendoza y al arzobispo Vela y Manrique?... Y tú, Valladolid, la perla de los reyes castellanos, la que hoy rejuvenecida y hermosa te miras con orgullo en las corrientes del Pisuerga, ¿no poseias el colegio mayor de Santa Cruz con el hospital de expósitos, dotados magnífica-

mento por el gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza? ¿No fundó tu Seminario el obispo D. Bartolomé Plaza, y tu colegio de los Niños del Amor de Dios el buen religioso Francisco Perez de Nájera?... Logroño, pequeña y graciosa ninfa del Ebro, ¿no has de presentarnos tambien tu humilde testimonio? ¿No hay en alguna de tus calles una casa de expósitos, debida á la caridad y cuantiosos legados del Dean de Ronda D. Manuel Palacios?... Santander, bella ciudad que te apareces en las playas del mar Cantábrico como la rica Modoin en las riberas del Tigris, ¿no has de hablarnos de tu hospital de San Rafael, y de su ilustre fundador el obispo Menendez de Luarca?... Sória, la que recibiste la alta mision de custodiar el nombre de Numancia para que no se borre de la memoria de los pueblos, y tú, modesta Osma, la que meciste la cuna del dulcísimo poeta Abd-el-Rahman, ¿no podeis decirnos mucho del caritativo prelado D. Pedro Alvarez Acosta, y de sus magníficos establecimientos de instruccion y beneficencia?... Y tú, Avila, plantel de Santos, la que nos diste una Teresa de Jesús, una de las mujeres que más han admirado los siglos, ¿no tienes un colegio de San Millan, precioso legado de tus obispos Fernandez de Temiño y fray Julian de Gascueña?

Trasladémonos á los antiguos reinos de los Pelayos y los Alfonsos, de los Ramiros y Fernandos, á esa tierra de los primeros héroes de nuestras seculares batallas con el poder de la Media Luna. Oviedo, Leon, Palencia, Zamora, Toro, Salamanca, vetustos y gloriosos pueblos, ¡dadnos cuenta de vuestras bienhechoras instituciones!... Tú, la egregia capital del principado de Asturias; la que te escondes detrás de esa azulada niebla que desciende del Naranco, cual una tímida vírgen entre los pliegues de su velo, descúbrete y dínos si tu Universidad literaria, y el colegio de San Gregorio, y el de Santa Catalina para doncellas pobres, no fueron fundados por el arzobispo de Sevilla D. Fernando de Valdés y Salas. Dínos si esos otros dos colegios de San José y San Pedro no los debes al arcediano de Villaviciosa, Diaz Oseja, y al canónigo D. Pedro

Suarez. Dinos, por último ¿quiénes fueron los fundadores de tus fundadores de tus hospitales de los Remedios y Santiago: ¿no se llamaban el uno D. Iñigo de la Rua, abad de Taberga, y el otro el Ilmo. Sr. obispo D. Jerónimo de Velasco?... Leon, esclarecida ciudad, la que te levantas como una deliciosa isla en medio de tus dos rios y entre frescas y dilatadas alamedas, ostentando las agujas de tu gótica basílica y los cortos restos de tu pasada grandeza, pronuncia el bendecido nombre del obispo Cuadrillero, el que te dejó en herencia uno de los mejores hospicios de la Península, así como el de tu Cabildo catedral, el que ya en el siglo XIV habia dotado espléndidamente tu casa de niños expósitos... Vosotras, ennegrecidas murallas de las demás ciudades, hablad y revelad nos otros nombres tambien benditos: los de un arcediano de la Tabla, un arzobispo Castro, un cardenal Mello, un obispo Rodriguez de Fonseca. . Y tú, Salamanca, la del argentino Tormes, cantado por los poetas, patria de mil sábios, madre de los doctores, la pequeña Roma, la Atenas de no lejanos tiempos, la celebrada en el mundo por su famosa escuela, rival de las de París, Oxford y Bolonia, alza tu majestuosa frente, coronada de gloria y de recuerdos; álzala de entre el polvo de esas ruinas sagradas, y dí al último de tus hijos si es verdad que en el gran número de tus colegios se encontraron los tres mayores de San Bartolomé, el Arzobispo y los Verdes, y si fueron fundaciones de los prelados, de imperecedera memoria, D. Diego Anaya y Maldonado, D. Alfonso de Fonseca y D. Fernando de Valdés y Salas, el que ya conocimos en Oviedo...

Seguidme á Castilla la Nueva. ¿Os molesto demasiado? Seré ya muy breve. Salud, Madrid, metrópoli algun dia del imperio español, del imperio más poderoso y más respetado de la tierra, y hoy... ¿para qué he de decirlo? Salud otra vez, populosa Madrid. Sal por un momento de ese letargo en que te han sumergido la frivolidad y los placeres sensuales de una Agrigenta, con el lujo y la molicie de una Sibaris; sal de ese dulce sueño por un solo instante, y preséntanos tus piadosos establecimientos. El

hospicio, ó casa de socorro, fundado por el cardenal don Gaspar de Molina; el hospital del Campo del Rey, por D. García Alvarez de Toledo, obispo de Astorga; y el de San Juan de Dios, por el venerable Anton Martin; y el de la Buena-Dicha; por el abad de San Martin, Fr. Sebastian de Villoslada; y el de San Luis de los Franceses, por el capellan real D. Enrique Sauren... ¿No puedes indicarnos algunas huellas mas del *egoismo* del clero? ¿Estarán tal vez perdidas por tus grandes plazas y por tus extensas y ruidosas calles?... Pasemos á otras poblaciones más tranquilas... Escuchad, Albacete nos habla de su escuela de dibujo y del obispo Palafox; Alcalá de Henares, de su Universidad y del Emmo. Cisneros; Ciudad-Real, de su hospicio y del cardenal Lorenzana; Cuenca, del hospital, de la casa de Recogidas, del colegio de San Julian, y hasta del puente de San Pablo, y nos recuerda á aquel mismo señor Palafox, al obispo Florez Pavon, á otro prelado, Sr. Zapata, y al canónigo D. Juan del Pozo. Toledo, la vieja y suntuosa corte de los monarcas visigodos, levanta la voz entre sus edificios árabes y romanos, y nos hace oir muchos nombres de cardenales y arzobispos: Tavera, Alvarez de Toledo, Siliceo, Gonzalez de Mendoza, Ortiz, Lorenzana... y el del capiscol de aquella catedral, Zapata de Herrera; y asocia á tan gratos nombres los de un hospital de San Juan, los de tres colegios: Santa Catalina, Infantes y Doncellas nobles, con el del hospital de Santa Cruz, el del Nuncio ó casa de dementes, la Caridad y el colegio de San Bernardino. Segovia nos dice que tiene un colegio de niños de la doctrina y un hospital que le han legado los obispos D. Martin de Ayala y D. Juan Arias Dávila; y finalmente, Sigüenza, al presentarnos su Seminario, el hospital civil y militar, el hospicio, y hasta un cuartel de milicias, nos trae á la memoria sus buenos obispos Risoba, Fuero, Miralles, Sanchez, Cuesta y Vejarano.

¿Quereis interrogar tambien á nuestros mas importantes pueblos del Oriente y Mediodía? Valencia, Alicante, Murcia, Castellon, Granada, Almería, Jaen, Málaga, Cádiz, Sevilla, Córdoba, grandes y bellas ciudades, cuyos piés se

bañan los más en el Mediterráneo y en el Atlántico, como los de una preciosa Philé en las aguas del Nilo, alguna tan opulenta como Tiro y Mitilene, y todas acariciadas por el perfume de sus jardines. Oidlas. Los colegios Andresiano, Conciliar, de la Presentacion y del Patriarca, por los arzobispos Mayoral, Fuero, santo Tomás de Villanueva y el bienaventurado Juan de Rivera, el hospital de la Caridad, por el obispo D. Juan Elías Gomez. Casas de expósitos y de la Misericordia, con el hospital de San Juan, por el cardenal Belluga, el canónigo Munive y el dean Lopez Pelegrin. Casa de niños huérfanos, por el obispo de Barcelona D. José Climent, á la que dejó todos sus bienes. Colegio del Sacro-Monte y el Monte de Piedad, por el arzobispo Castro y el presbítero Sanchez Jimenez. Hospital de la Magdalena', por el Cabildo catedral. Hospicio y Seminario del Sacramento, por el obispo Fr. Benito Marin, y el racionero D. Gaspar de la Justicia y Robles. Colegio de San Cárlos, por el obispo Fr. Alonso de Santo Tomás, habiendo aumentado sus rentas el presbítero Jimenez y el prelado Ferrer Figueredo. Casa de recogidos y Seminario, por los obispos Isla y Zapata, sin hacer mencion de la catedral, que se debe al celo de otro obispo de santa memoria, Fr. Domingo de Silos Moreno. La Universidad, el Seminario de niños, los hospitales de San Hermenegildo y San José, con la Casa de misericordia, por maese Rodrigo, arcediano de Reina; los arzobispos Arias, Cervantes, Valdés y Tapia, y el virtuoso sacerdote Antonio Ruiz. Dos hospitales, casa de expósitos, hospicio, colegio de la Piedad, Seminario y una biblioteca de 15,000 volúmenes por el cardenal Salazar, el sacerdote Cristóbal de Santa Catalina, el dean Fernandez de Córdoba, y los obispos Mardones, Mesa, Gonzalez Deza y Angulo, con el dean D. Pedro Ayllon.

Ahora nos inclinarémos algun tanto hácia el Occidente. Recorramos la feraz Extremadura, la buena patria de Hernan Cortés y Pizarro, de Arias Montano y Valdegamas. Badajoz, Cáceres, Coria, Llerena, Mérida', Plasencia, Trujillo, ¡manifestadnos algunas de vuestras ignoradas funda-

ciones!... Un Seminario, una casa de ordenandos, un hospital, otros dos colegios conciliares, tres hospitales más y el colegio de San Fabian, por los obispos Rodríguez de Valderas y Delgado Moreno; por el arcediano Vazquez Morcillo; por otro prelado, D. García de Galarza; por otros dos obispos, Ruiz de Camargo y Lopez de Mendoza; por el Dr. Lafuente, presbítero; por el abad Nuño Perez, y por el arcediano D. Fabian de Monroy.

Vamos más allá. Pasemos por el reino de Leon, para entrar en el de Galicia. Pueblos que riega el Sil de arenas de oro y el Miño, el caudaloso Miño; ciudades marítimas de los católicos Reyes suevos: ¿no teneis una Universidad literaria, y el colegio mayor de Fonseca, y el hospital de San Roque, y una casa de expósitos, y un Seminario, y otro hospital, y el Colegio de la Compañía, y hasta la biblioteca de un consulado, y hasta una carretera pública? ¿No teneis todo esto y algo más que ocultais sin duda? ¿Y de quiénes habeis recibido tan cuantiosos legados? Del muy caritativo arzobispo D. Alfonso de Fonseca; de otro arzobispo de Santiago, Sr. Salcedo; del obispo de Mondoñedo, D. Francisco Cuadrillero y Mota; de otro prelado de Compostela, Sr. Rajoy y Losada; del obispo Gago, de Lugo; del presbítero D. Jorge Andrade; del canónigo don Pedro Antonio Sanchez, y del Ilmo. Sr. Malvar y Pinto, metropolitano tambien de Santiago de Compostela.

¿Hay más todavía? Sí; D. Ramiro Goñi, arcediano de la Tabla, dejó todos sus bienes al hospital de Pamplona, y D. Joaquin Javier de Uriz, prior de Roncesvalles, fundó la Inclusa. El obispo Lasala fundó el colegio de Escolapios de Solsona. D. Diego Pujol, abad de Santa María de Mallorca, y el canónigo D. Berenguer los colegios mayores de Santiago y San Vicente de Huesca. Los arzobispos Crespo, Lezo y Castrillo, las Escuelas pias, Seminario, hospicio y hospital de Zaragoza. Los obispos Rico y Perez de Prado, la Casa de Misericordia y el hospital de Teruel. El canónigo Barnils otra Casa de Misericordia de Vich, y el obispo Gil el Seminario. El ilustrísimo Climent el cementerio de Barcelona, y el arcediano Valdivia la Casa de Misericordia.

Fr. Vicente Ferrer, el Santo valenciano, el hospital de pobres huérfanos de Lérida. Los arzobispos Cervantes de Gaeta y Tares, el Seminario con la casa de huérfanos de Tarragona, y el arcediano Foguet una biblioteca. El canónigo D. Luis Sabater varias escuelas en la Seo de Urgel, con una pingüe obra pia. El cura rector de Gaztelu, D. Domingo Ibarrondo, el hospital de Lizarza. D. Martin de Salvatierra, obispo que fué de Segorbe y Ciudad-Rodrigo, el hospicio de Vitoria. Y el Ilmo. Sr. Mercado y Zuazola la extinguida Universidad de Oñate.

Hasta aquí el citado autor. Mucho más dice, pero ¿no hemos citado bastantes?

VIII.

«Oigo ya una observacion vuestra: El clero era muy rico, era poderoso, y pudo fundar sin grandes esfuerzos esos asilos de caridad y esos establecimientos de enseñanza. Pero yo os replicaré: Vosotros los ricos de ahora; los que habeis *heredado* á la Iglesia y á los ministros de la Iglesia; los que *poseeis* los bienes de los frailes y la propiedad de las monjas, ¿qué hospicios habeis fundado? ¿qué hospitales habeis establecido? ¿qué escuelas y colegios nos dejais? ¿Dónde están? ¡Ay! no; vosotros no podeis hacer nada de eso, porque necesitais cuantiosas sumas para vuestros lujosos carruajes, para la brillante librea de vuestra servidumbre, para el adorno de vuestros casi régios palacios, para vuestros costosísimos viajes al extranjero, para esos bailes y convites, donde gastais en una sola noche lo que fuera suficiente para enriquecer á una dilatada familia. No po-

deis, repito, hacer nada de eso, porque os lo prohibe ese cúmulo de necesidades que no conocen aquellos sencillos varones de mas evangélicos hábitos. Uno de vosotros, los potentados modernos, gasta en camisas de Holanda solamente, en un género que no es nacional, sea dicho de paso, y en vinos tambien de otros reinos, lo que bastara para alimentar y vestir á todo un hospicio.»

Con estas palabras propone y resuelve el autor del folleto que acabamos de citar la dificultad tan vulgar como tonta de que el clero actual no hace en bien de los pueblos lo que hizo el de otros siglos. Es ciertamente cosa curiosa exigir al Cura de hoy que funde hospitales para pobres, él que es tan pobre que necesita muchas veces ser llevado al hospital. Es crueldad incalificable exigirle que sea generoso y limosnero con los fieles, cuando necesita, para seguir tirando, de las limosnas más ó menos directas de los mismos fieles. Los inmensos bienes del clero, que no hacia más que administrarlos en bien del pueblo, existen hoy como antiguamente, solo que han cambiado de manos, exactamente como cambia de poseedor, no de dueño, la bolsa que el salteador roba al viajero desprevenido en mitad de la carretera, porque no hay diferencia entre robar con un decreto ó robar con un puñal. El pobre pueblo es quien empieza ya á proclamar sin rebozo quién le favorecia más en sus necesidades, quién atendia más á su bienestar, quién gastaba más en pro de sus verdaderos intereses, si los antiguos verdaderos propietarios, ó los modernos ile-

gítimos poseedores. Mas dejemos este que es cuento de cuentos y fuera-cuento de nunca acabar. De él tal vez nos ocupemos expresamente, y con la debida extension, en otro opúsculo.

Nada puede darle, pues, hoy el pobre clero al pobre pueblo fuera de sus servicios y de su persona, y estos se los da generosamente y con la mayor abnegacion. Quisiera yo que los infelices que tachan al clero de egoista y de amigo de sus propias conveniencias, quisiera, digo, que se hallasen siquiera por unos quince dias en la crítica situacion en que se ha visto el clero de nuestros tiempos en España. Suspensas de pago años há sus míseras asignaciones tras el saqueo completo de su patrimonio, hostiles sistemáticamente todas las autoridades, desencadenadas contra él todas las malas pasiones, protegido con cierta inviolabilidad legal todo agresor que quisiese acometer alguna hazaña con tal que la víctima fuese un Cura, desposeido en muchos lugares hasta de sus iglesias, y privado en otros hasta de su traje natural, obligado á vivir como emigrado en su patria, fugitivo, disfrazado, atento siempre al menor ruido, para evitar el riesgo de la vida, decid, ¿no ha sido la horrible situacion del clero en la mayor parte de las provincias de nuestra patria? Pues bien. Ahí entra lo admirable. Estas mismas provincias de España tienen aun y han tenido siempre quien consuele sus moribundos, instruya sus niños, bendiga sus matrimonios, bautice sus recien nacidos. Suponed por un momento esta persecucion en otra clase cualquiera;

esta clase desapareceria del país, teatro de sus amarguras, y ¡vive Dios! que obraria en su más perfecto derecho. Suponed vejados, humillados, amenazados de esta suerte á todos los médicos, maestros ó abogados de una provincia. A los tres meses aquella provincia quedaria sin abogados, médicos ni maestros. ¿Por qué no sucede esto con el clero? ¿Por qué regularmente no quedan sin Cura las poblaciones donde expresa y formalmente no ha sido expulsado aquel por fuerza mayor? ¿Qué es esto?

Hay más aun. Suponed que en una de las poblaciones ó comarcas donde con mayor furor ha sido perseguido el sacerdote, en una de aquellas que han sido regadas, como recientemente algunas de este país, con la propia sangre de sus pastores, se desarrolla de repente una epidemia mortal. ¿Creeis que faltarán sacerdotes á aquella poblacion ó comarca? No, no faltarán, porque nunca en ocasiones análogas han faltado, ni huirán los propios porque nunca han huido, ni dejarán de acudir los extraños. De todas partes volarán al recinto apestado, ó por propia inspiracion, ó á la voz de sus prelados; de todas partes volarán mejor que si hubiese allí pingües tesoros que repartirse. Y asistirán al moribundo y al huérfano y á la viuda sin averiguar su procedencia, porque el sacerdote llamado por un enfermo no se informa antes de si es monárquico ó federal. Y la muerte diezmará las filas de estos intrépidos sacerdotes que han volado en auxilio de sus propios enemigos, pero ¡no os arredreis! mientras haya sacerdotes en el obispado y

aun en la nacion, no faltarán sucesores á los Curas que hayan sucumbido en tan ruda tarea. Mañana que se presente este caso se verá la verdad. Hoy por hoy el pasado responde suficientemente del porvenir.

Pocos años han transcurrido desde que Barcelona se vió invadida por la fiebre amarilla. El clero se hallaba entonces en el apogeo... de sus padecimientos. Aun enturbiaba el aire el polvo de nuestras iglesias demolidas, aun se oian los ayes de las pobres religiosas expulsadas, aun resonaba en los oidos del pobre sacerdote aquella voz cruel que le decia: « O juras lo que sabes que no puedes jurar, ó no comes.» Pues bien, en aquellos angustiosos dias apareció sobre la ciudad el azote de Dios con el nombre de *icterodes*. Y ¿qué sucedió? Nuestro clero acudió á su puesto de honor á pesar de todos los baldones, y la flor de nuestros sacerdotes sucumbió gloriosamente á la cabecera de los enfermos. El clero parroquial pagó á la muerte un contingente espantoso. Y hubo indivíduo del clero que se disfrazó en cierto modo y disimuló su procedencia... ¿para mejor huir del peligro quizá? No, sino para ser admitido en el puesto donde era mayor. No se le hubiera admitido á morir con sus hermanos si hubiese dicho que era *jesuita*, ¡tan ridícula es la intolerancia de los tolerantes! El aludido hubo de disimular que lo fuese para gozar del privilegio de exponerse como los demás á la muerte. Y cuenta que para los funcionarios civiles se tasaron pingües, fabulosos sueldos; el clero ni los pidió, ni se

le ofrecieron, ni en este caso los hubiera admitido. Y conste que algunos de los que sucumbieron dejaron á sus padres en la miseria. Este es el *egoismo* del clero, del que hemos citado estos ejemplos recientes. En la epidemia del mismo género que en el primer tercio de este siglo diezmó nuestra ciudad, mas de veinte frailes dieron su vida al lado de los apestados en un solo barrio por el pueblo, por aquel mismo pueblo que desde años antes venia persiguiéndolos de muerte y que pocos despues hizo con ellos y con sus claustros las sangrientas hecatombes del treinta y cinco y del treinta y seis. ¿Qué mayor elocuencia que la de estos hechos?

Estos son, pueblo lector, los curas y los frailes *egoistas* y solo celosos de la conveniencia de su importante persona. Estos son los que permanecen aislados en el movimiento social. Poco dan, es verdad, en cambio de los muchos insultos que la sociedad actual les prodiga. Poco dan, pero se dan á sí mismos, y como su divino Maestro llegan al punto de dar la vida por sus hermanos!

IX.

De las acusaciones que diariamente se lanzan contra el clero en España guardé para último lugar la que por desgracia anda más en boga y merece mayor crédito entre las gentes. La repiten sin conocer su gravedad y su injusticia personas que por otra parte no quieren ser llamadas enemigas del Cura, antes haciendo gala de quererle muy bien

y de desearle mayor prestigio é influencia en la sociedad, hacen de ella el tema de mil quejas y lamentaciones. Sobre ella se ha llegado á formar ya una atmósfera, aunque artificial y postiza, tan y tan densa, que para muchos no es ya objeto de discusion ni de duda, sino fallo autorizado, del cual no se admite apelacion. Tal es lo que se llama por ahí en salones y cafés, en tertulias y congresos, en periódicos y folletos, *la poca ilustracion del clero.*

Sí, señor, todo el mundo ha convenido en eso, y no hay que sacarle de ahí, ni hay siquiera que discutirlo ni examinarlo. El clero no está ilustrado, el clero no está á la altura del siglo. Y luego haciendo enojosas comparaciones se le pone en parangon al Cura español con el francés, aleman é italiano para concluir que en esta tierra de España el desdichado mortal que viste sotana es un ente por todos conceptos atrasado y sumido en la más vergonzosa ignorancia.

¡Por Dios y por todos sus Santos, que es manía esa que se ha apoderado de algunos compatricios nuestros de un modo particular! Digamos algo sobre esta cuestion, y aunque á algun escrupuloso le suenen nuestras palabras como alabanza propia, llévelo en paciencia, y observe que no hacemos panegíricos, sino pura y simplemente una vindicacion.

¿Con que, el clero español no es ilustrado? Convengamos antes en lo que debe entenderse por *ilustracion.* Porque de esta quisicosa se tienen en el

dia ideas tan raras y extravagantes como de aquella otra palabra *civilizacion*, que es su hermana gemela.

Hay quien entiende por *ilustracion* un cierto barniz literario y científico que puede adquirirse á costa de muy pocos sudores y vigilias, barniz que por lo mismo que es solo barniz no pasa de la superficie como todos los barnices, y puede hallarse en un mismo individuo juntamente con un gran fondo de pasmosa ignorancia. Un amigo mio encontraba falto de ilustracion á un respetable fraile embutido de sumas filosóficas y teológicas, ¿sabeis por qué? solo porque el buen Padre habia pronunciado con malísima acentuacion una cita francesa de un folleto de circunstancias; cosa no muy de extrañar, porque el teólogo confesaba llanamente que habia dedicado muy pocos ratos al estudio del francés. Pues bien. Aquel mi amigo entendia por ilustracion lo que solo es un barniz de ilustracion, y por faltarle una mano de ese barniz relegaba al buen fraile á la categoría de los seres *no ilustrados*.

Otros menos frívolos entienden por ilustracion la posesion de conocimientos, no superficiales, sino profundos, pero solo en determinadas especialidades que gozan de particular boga en el siglo. Hoy, por ejemplo, son estudios favoritos los de observacion y de cálculo, y obtienen gran prestigio como tales los relativos á ciencias naturales y á las matemáticas. El espíritu humano, por una tendencia que no sé si se le honra demasiado, ha dado preferencia en nuestro siglo á los estudios prácticos sobre los

especulativos, á la observacion material sobre el trabajo meramente intelectual. Así para muchos no es la reina de las ciencias humanas la metafísica, sino la física, la química ó la mineralogía. Ya en su tiempo decia el desventurado Larra: «Se avergüenza uno de no haber inventado un cachivache de hierro,» aludiendo á extremada importancia dada á los estudios sobre mecánica. Es natural, pues, que haya quien considere tan indispensables estos conocimientos para el hombre ilustrado del siglo XIX, como los de alquimia y astrología judiciaria lo fueron para los filósofos de la edad media. Y supuesto este erróneo concepto, no admitirá en las filas de los ilustrados á quienes no tengan á lo menos una tintura de estos conocimientos de actualidad, siquiera sobresalgan en otros ramos más importantes. Bajo este punto de vista extrañábase un mozalbete, secretario de aldea, de que su cura párroco, hombre de canas y que traducia de corrido los periodos mas enrevesados de Ciceron, no entendiese como él la teoría de los telégrafos eléctricos.

Otros, por fin (y estos á mi entender tienen exacta idea de la palabra sobre que discurrimos), otros, digo, juzgan razonablemente, primero: que hay conocimientos que puede uno ignorar absolutamente sin desdoro de su persona ni de su clase; tales son los que no están en modo alguno relacionados con su profesion especial. A fulano, que debe ser buen médico, ¿qué tacha le pone á su persona el que no entienda jota de jurisprudencia ó de

cálculo astronómico? Segundo: que hay conocimientos de los cuales, para alternar dignamente en sociedad, se debe tener siquiera una tintura superficial. Así se ha hecho indispensable hoy conocer el francés y tener nociones de ciencias naturales, pues, aunque por otra parte no se requieran para el ejercicio de la profesion, se requieren casi siempre para sostener una conversacion culta. Tercero: que hay estudios en los cuales debe ser perfecto el conocimiento y constante la aplicacion, tales son los de la facultad propia de cada uno, para el médico la medicina, para el abogado la jurisprudencia, para el sacerdote la teología y derecho eclesiástico, etc.

Ahora bien. La verdadera y sólida ilustracion consiste en la posesion verdadera y sólida de esta tercera clase de conocimientos, aunque se posean muy poco los segundos y se ignoren por completo los primeros. Así será muy ilustrado un abogado que conozca perfectamente bajo todos sus puntos de vista el derecho nacional, y sepa á tenor de él defender y poner en salvo los intereses ó la honra de sus clientes. El tal abogado será nulo en una junta de médicos, y guardará silencio en un congreso de ingenieros ó de matemáticos. Empero, saque él triunfante la verdad en un pleito enmarañado, ó libre la inocencia, ó descubra al crímen en una causa dificultosa, y no dejará de ser persona de ilustracion superior, aunque no hable de todo como una enciclopedia, ni salude en francés á los amigos, ni cante en italiano en la tertulia, ni brinde en verso á los postres del festin.

Nuestro siglo, por desgracia suya y nuestra, tiene entre otras flaquezas la de pagarse más de lo superficial que de lo sólido. Le deslumbra fácilmente el hermoso barniz de las cosas y personas, entreteniéndose raras veces en fijarse en el fondo de ellas. Así sucede con la cacareada ilustracion. De los tres modos de considerarla que hemos visto, la mayor parte de los españoles de hoy opta por el primero, muchísimos por el segundo, poquísimos por el tercero, que es el único verdadero y razonable. Así y solo así se comprende que se tenga de la ilustracion del clero español la desventajosa idea que todos sabemos, y que ante el tribunal de muchas gentes ha alcanzado ya autoridad de cosa juzgada.

A la luz de las precedentes consideraciones verémos ahora cuán equivocados andan en este punto los acusadores del pobre clero.

X.

Vamos á ver, pues, ¿es cierto que entre las clases científicas ó facultativas de nuestra patria sea el clero la menos instruida en el conocimiento de su facultad? ¿es cierto que el Cura, por lo que toca al ejercicio de su mision sagrada, sea menos sábio que lo son en la suya los médicos, abogados, ingenieros ó militares? Cada clase profesional tiene sus medianías y sus notabilidades. ¿Es solo el clero quien abunda en las primeras? ¿Carece de las segundas? ¿No abunda lo mediano en todos los ramos más que lo superior y sobresaliente?

A todas estas preguntas puede contestar el clero satisfactoriamente. En el estudio de la teología, ciencia especial del sacerdote, España ha sido llamada con ocasion del último Concilio *la nacion teológica* por excelencia. En la posesion de la elocuencia, los clérigos españoles (obispos y no obispos), admitidos hace poco en el Congreso español, han disputado la palma á los más afamados oradores parlamentarios. En conocimientos históricos es público que Manterola hizo cantar de lleno la palinodia á Castelar, que no solo sabe explicar la historia, sino inventarla á su gusto ó de sus amigos. En polémica periodística, léanse los periódicos católicos de nuestra nacion; en ninguna redaccion faltan eclesiásticos. En pedagogía ó educacion de la niñez, con nombrar los Jesuitas y los Escolapios se ha nombrado ya lo superior y más aventajado en este ramo, y además de ellos son innumerables los colegios dirigidos por sacerdotes, y aun en los meramente seglares son buscados los sacerdotes para el desempeño de muchas asignaturas. En bellas letras, la Academia española ha llamado á su augusto recinto á varios sacerdotes que la honran con sus talentos. Las academias provinciales están llenas de ellos; los juegos florales han visto á jóvenes ordenados disputar á los seglares y arrebatarles los primeros premios. En el profesorado oficial, no hay claustro universitario que no cuente catedráticos sacerdotes en sus facultades de Derecho, de Letras y de Filosofía, sin que en este punto la sotana desluzca

en nada el brillo de aquellas ilustres corporaciones. El cultivo de la música ha sido hasta hace poco tiempo propiedad casi exclusiva de eclesiásticos, de suerte que ha confesado un erudito historiador de este arte, que todos los adelantos actuales de la música española son hijos de las catedrales y de los monasterios. ¿De qué tiene, pues, que avergonzarse una clase que ha colocado individuos suyos en todos los ramos, que en cierto modo parece haberlos invadido todos? ¿Dónde está la cacareada falta de ilustracion del sacerdocio español? Me citaréis al oido muchas medianias. Es cierto: pero ¿pretendeis acaso que solo en esta clase no ha de haberlas? Sin pretender injuriar á ninguna clase ni profesion, ¿no hay militares ineptos y cobardes? ¿no hay médicos que matan á sus enfermos? ¿no hay abogados que pierden sus pleitos?

Ya os oigo. «El clero, me decis, vive por lo regular sumido en un lamentable atraso de ideas que le hace mirar de reojo las luces del siglo y sus adelantos. Ama los tiempos antiguos, y su espíritu vive en ellos sin acabar de resignarse á la condicion de los tiempos actuales. De ahí que aun los más notables talentos del clero se resientan de sus aficiones retrógradas y oscurantistas.»

—Malo, malo,—os responderé yo;—empezais á tergiversar la cuestion; luego empezais á verla perdida. Pero aun en este terreno quiero seguiros. El clero se ha colocado entre vosotros en todos vuestros adelantos, luego no está detrás de vosotros, sino al mismo nivel que vosotros. Cerrásteis

las viejas universidades pontificias, y habeis abierto las civiles. Y el clero os ha disputado buena porcion de cátedras, y luego ha enviado una porcion de jóvenes suyos á los bancos de las clases, en los cuales alterna con los más aventajados alumnos. Habeis inventado el periódico, y el clero se os ha hecho periodista, tal vez más de lo que os agrada. Habeis puesto en moda la literatura ligera del folleto, y el clero ha escrito folletos. Habeis convocado Cortes, y el clero se ha presentado tan buen orador allí como en el púlpito. Habeis resucitado los antiguos certámenes poéticos, y el clero os ha disputado las flores de Clemencia Isaura. En ningun progreso legítimo habeis dado un paso que el clero no haya dado otro. Pero vosotros, en vuestra mayor parte, habeis renegado del pasado, y el clero no. Hé aquí su crímen. El clero ha tomado de lo nuevo lo bueno, sin desterrar de lo antiguo más que lo malo. El clero no ha relegado á la execracion los siglos anteriores al presente, porque sabe que no es de buenos hijos maldecir y deshonrar la memoria de los padres. Hé aquí lo que llamais sus aficiones retrógradas y oscurantistas. El clero no se avergüenza, sino que se honra con ellas.

Y no saqueis, por Dios, el argumento tan rancio y apolillado de que si el clero se presenta al nivel de todos vuestros adelantos lo debe á la ilustracion del siglo, que á pesar suyo le ha entrado y que vosotros en cierto modo le habeis infundido. He oido á alguno de vosotros este raciocinio, y me ha dado lástima.

La ilustracion del clero no es de hoy, sino de todos los siglos; no os la tomó prestada á vosotros, sino que en ella os llevó la delantera. Sin querer ahondar en un exámen prolijo de esta materia, que daria lugar para una extensa apología de la ilustracion clerical, sin querer remontarme á aquellos siglos bárbaros en que solo el clérigo sabia leer, tomo la historia de España en los tres últimos, en este período que os habeis complacido tantas veces en pintarnos como tiranizado por la influencia clerical y por las cadenas de la Inquisicion opresora del pensamiento. Pues bien. En estos tres siglos ha querido cabalmente la Providencia que estuviesen colocadas para España las épocas de mayor preponderancia, científica, artística y literaria, sin hablar de la política, de la cual yo no debo ocuparme. Y en estas páginas de oro de nuestras letras y de nuestras artes, sabedlo, calumniadores del clero, los nombres mas gloriosos pertenecen á esta clase, hoy tan vilipendiada. Luis de Leon y Luis de Granada, príncipes de la elocuencia española, son dos frailes. Valbuena, el autor del *Bernardo* y de las Églogas, un pobre Cura. Lope de Vega y Calderon, padres del teatro nacional, vistieron sotana. Tirso de Molina fué un reverendo Padre agustino. Góngora y los Argensolas fueron sacerdotes. Gracian, Mariana, Lapuente y Nieremberg, jesuitas. No hay que decir á qué clase pertenecieron fray Pedro Malon de Chaide, fray Juan de la Cruz el Santo, fray Diego de Hojeda, fray José de Sigüenza y cien otros. La galería de literatos espa-

ñoles someramente indicada acaba en Solís, prosista, historiador y poeta dramático, tambien sacerdote. Y cuando cesa el esplendor de las letras patrias, en aquel largo eclipse de ellas desde Solís hasta su restauracion, todavía los nombres de Isla y Feijoo y Florez, clérigos todos, brillan en aquella pasajera oscuridad con resplandores dignos de mejores tiempos. Y cuando otra vez vuelve á renacer en nuestros autores el buen gusto del siglo de oro, otra vez son eclesiásticos los que militan en las filas de los restauradores. El maestro Gonzalez es un buen fraile que resucita la olvidada lira de Leon; el presbítero Lista es preceptor de una generacion de literatos que ilustran el primer tercio de nuestro siglo; Nicasio Gallego, otro escritor de sotana, ennoblece las letras españolas, y se da la mano con Balmes, que no es tan solo gloria de su patria, sino de Europa. Así el clero español viene sosteniendo su buen nombre de cultivador de las ciencias y de las letras desde los más remotos siglos hasta el actual, no pudiendo en buena justicia (oidlo bien) presentarse clase alguna que en un número fijo de individuos y en un plazo definido de años haya dado á las letras, no un número mayor, sino ni un número igual de nombres esclarecidos.

Y una clase que está en condiciones de presentar á sus rivales este reto sin miedo de quedar vencida, una clase que con la estadística en la mano probará que ha dado á la ilustracion un contingente de hijos suyos mucho mayor que otra alguna,

esta clase es, sin embargo, motejada todos los dias de ignorante y atrasada. ¡Gran Dios! Consúltense por último dato los índices de las Bibliotecas, no hablamos de las eclesiásticas, que pudieran parecer sospechosas; acúdase á las del Estado, pídase cuenta de los libros allí inscritos y de los nombres de sus autores en todos los ramos del saber, y se verá lo que debe al clero la ilustracion verdadera. Fórmese de una vez este proceso, y entréguese á cualquier tribunal, aun al de sus mayores enemigos: el clero no teme la sentencia.

Hé aquí, lector amigo, las consideraciones que, así á la ligera, nos propusimos apuntar en este opúsculo. Hoy más que nunca están concitados contra el clero todos los rencores y todas las preocupaciones. No se le hará justicia por el momento, lo sabemos. Confiamos, empero, que la posteridad no ratificará los apasionados juicios de sus actuales detractores. No lo dudamos. Un dia se desvanecerá la polvareda que hoy levantan contra él las huestes revolucionarias, solo porque no le encuentran dócil y blando á sus exigencias. Un dia se admirará su entereza en este azaroso período de apostasías, y otra vez reconocerá el pobre pueblo hoy engañado que nadie fué más amigo suyo que el clero, así como con nadie ha sido el pueblo más injusto y desconsiderado.

A. M. D. G.